

Miércoles 28 del 900

Escribe: PEDRO ACOSTA

Está por amanecer un nuevo 28 de febrero, aquella fecha maldita que siempre le ha sido sin gloria. Primero fue la del año 900 que le pasmó el tránsito a los segundos hacia las horas de otro siglo, bajo un sol enteco que no le podía al frío del miedo tupiéndole la nariz, pero que, —¡al fin!—, trajo su añadido del jueves 29 en el primer bisiesto que decidió borrarle a su vida (“los días que le sobran al calendario fatigan la buena ventura”) y cuando percibió este otro preciso olor esparcido por el trigal de Juan Díaz, ondulante bajo un viento que no lo diluía porque había visto un trocito de la risa de Lucifer. Revueltas al retumbar del galope lo alcanzaban los gritos desesperados de sus subalternos **Haga algo, General!**, y espueleó con más furor, **ARRE...**

arre...

ARRE, de manera que todavía ahora, —¿cuántos bisiestos recalitrantes?—, con la costra de grises a su retrato en el estrado del Cabildo, uniforme de gran gala, espadín, alamares, tricornio emplumado, sentía que a su artritis se la sacudía el calor efervescente con que le palpitaba en las piernas tembleques el fuelle agitado de su cabalgadura. “Roble” viró con un de súbito milagroso y un relincho largo que le trenzó las crines y le hizo cocearse a sí mismo en el enredijo de sus cuatro patas, alargando el suspenso de los minutos, roto solo cuando el tropel de voces lo rodeó con un brusco remezón que alguien le dio a las bridas.

—**¡Haga algo, General!**, repitió desesperado su ordenanza, miró el remolino de huellas de los cascos y con una conformi-

dad pasajera sentenció: **aquí fue donde nos arrinconaron. ¡Vuelva grupas!**, lo conminó su corneta desde muchos metros atrás, y, casi enseguida, le palmoteó las costillas a “Roble” y repasó al general Carlos Adolfo Azuela con una mirada lela.

Exactamente entonces se esparció aquel olor y el General oyó entre las ondas de un tiempo pleno de ecos lejanos y acortinados por el sol opaco: **Está tal como será su retrato**, y quiso enfurecerse o quizá reírse, o simplemente estornudar repeliendo ese preciso olor. También entonces, exactamente, volvió la risita, entrecortada por un saltarín quejumbroso, que rescató a la máscara rota de las penumbras de la clausura del templo.

Corría el tiempo, muy lento, por el leve ondular del trigal. A coro, su corneta y su ordenanza le repetían a gritos **¡Vuelva grupas!**, y “Roble” se azotó con la cola y precipitó el fruncimiento inmóvil de su tensión. El General tuvo un improntus en que venció el estupor y se dio cuenta que Perales había quedado atrás, pero a no más de media legua, y que al frente el trigal de Juan Díaz terminaba donde al fin tendría que declinar el sol que ganaba en brillo. Perales comenzó a volvérsese imagen fija, sustituyendo a aquellas que, en desalada sucesión, se empataron como visiones truncas rezagadas por la estampía de “Roble”: arbustos, matorrales, raíces que salen de la tierra para hacerle muecas a las culebras y los grillos, tallos del trigo curvándose, alzándose, sacudiendo el exasperante infinito del tiempo de su fuga. Le era un infinito igual a como siempre se imaginó al infierno con que lo amenazaban en su infancia y concentró su voluntad en una inútil reposición de fuerzas. Su corneta y su ordenanza parecían someterse al desenlace y se conformaban repitiéndole entre excitados y reverentes: **Está tal como será su retrato... sí, claro, tal como será su retrato...**

Al día siguiente fue jueves 29 de febrero.

Cuando saltó y se acaballó en “Roble” el sesgo del primer latigazo lo aferró a un propósito... **estos alharaquientos no me alcanzarán...** pero ya estaban por befarlo como las pedradas que le lanzaban y que volvían a inquietar a “Roble”. Perales fue apareciéndosele como un cuadrado doblado sobre la ladera; resaltando la torre de la iglesia, y el General tuvo que verla por su inmovilidad sobre la palpitante quietud de “Roble”. Entonces desaparecieron, poco a poco, las casas que la rodeaban y quedó

absorto en el campanario y sus tejas bermejas, ahora con un extraño esplendente bajo el sol siempre menos opaco, casi derivando hacia un brillo en rauda relencia. Los músculos del cuello se le engarraron así - así hasta no poder inclinar la cabeza, y le quedó la única y fija visión de la iglesia toda, ya no únicamente sus tejas y su torre al relumbrón, y ya, tan inmóvil, el corneta y el ordenanza lo repitieron con una convicción absoluta: **Tal como será su retrato.**

Mirada obsesiva pronunciada por los bigotes entorchados que le esparcían un tono nacarino a la nariz cuyas aletas brincaban olisqueando, y hasta la frente cubierta por un sudor mármreo que se la limpiaba de arrugas... ¿hasta qué horas duraría aquello y de dónde vendría el olor? y fue cuando oyó que su corneta y su ordenanza se desesperaban gritando: **¡Nos arrinconaron!**, y ya al mismo momento la tropelía que patinaba a escasos diez pesos: **¡Vuelvan grupas, General!**

—Haga algo, General.

—¡Vuelva grupas!

Ese preciso olor se hacía más penetrante, (en otro maldito 28 su corneta le diría: **fue que lo creyeron el mismo diablo**), y al rompe el tropel lo sitió con sus varias caras contraídas por la ira y el estupor, el reto y el temor. **Es una aparición**, afirmó alguien. **¡Satanás!**

¡Diablo o Demonio!

se extendió una ola de persignaciones y otro gritó: **Es un penitente del Purgatorio... alma en pena...**

—¡Maldito Lucifer pecador que se aparece en los bisiestos!

Miércoles 28 del 900.

El corneta sació su desconcierto contra “Roble”, cruzándole las ancas con un bejuco y el caballo persistió ranchado, con un temblor de alas en su hocico cuando aquel oro se afilaba y al General no le quedó duda de que era el mismo olor que nunca antes conoció y que venía siguiéndolo desde cuando retrocedió a trastazos hacia las escalinatas de la iglesia de Perales. ¿Olor a muerto reciente? **El Diablo te coge, huele a azufre y a agua-**

cerro, ya viene Papá y le pedirás perdón... el Diabolo te sale entre nubes negras que hieden, y desde entonces comenzó ese miedo que tenía dormido solo para que ahora lo acogotara. ¡Corran la cortina!, dijo imperativo un poco antes de que se le desatara. Alguien se le interpuso con un: **Nó. Porque es clausura**, y el General insistió:

—Allí tienen el parque.

—No hay armas. Es clausura...

—Allí tienen el parque.

Sería profanación, un titubeo y el General avanzó arrancando la cortina. Le dio en pleno rostro ese vaho y se encontró frente a la máscara descascarada y con una mueca quebrada y oyó aquella risita y sintió este olor (¡fue que lo creyeron el mismo Diabolo!) y del silencio emergió el coro ¡PROFANACION!, hasta este otro momento en que volvía a percibir los murmullos, ya en ronda curiosa bajo sus propias narices... **es el mismo Diabolo...** Satanás a caballo, pero no sabía más que del rítmico desenfreno del vientre palpitante de la cabalgadura contra sus piernas heladas, y, además, que no sería capaz de mover ninguno de sus músculos, sin ni siquiera zafarse un reflejo para que este, a su vez, aupara a "Roble".

—¡El Diabolo!, exclamaron desde el tropel y el General lo escuchó con una claridad tal que el timbre de aquella voz le permitió reconocerlo. Ese le había cortado el paso hacia las celosías presididas por un nicho con imágenes descoloridas. El General se decidió, se plantó al pie de la pila bautismal con una íntegra rigidez de autoritaria solemnidad, sintiendo el helaje del piso como un halo por la iglesia en semi-oscuridad pese a que sus puertas estaban de par en par. Afuera crecía la aglomeración con un respiro sincronizado por la atención en lo que temían que hiciera y que hizo. Era un respiro monolítico que obligó al General Carlos Adolfo Azuela a gritar un ¡Silencio! cuartelario.

Porque a él nadie lo engañaba.

Ni aquel mestizo adivino de que "los días que le sobran al calendario fatigan a la buenaventura", ese Chema Timoté I, jactándose de que se había pasmado la edad para poder enamorar a sus choznas (...veo que cuando venga la sequía del último

bisiesto que será el primero lo van a correr; lo correrán cuando mire un trocito de la risita de Lucifer . . .) y menos el cura, ni esa cortina que no le impediría franquear la clausura, ni menos, muchísimo menos, el enemigo cuya “Tercera Columna del Batallón Legitimidad” tuvo que desbandarse, abandonando parte de sus pertrechos, y, con ellos, con un reguero en derrota, fusiles y cantimploras, machetes y cinturones, sobras de rancho y ripios de uniformes, chaquetines morados, kepis con cucardas de escudos ostentosos, e, inclusive, la medalla petulante de ese héroe a quien él,

el General Carlos Adolfo Azuela,

humilló a prófugo.

—¡Corran la cortina!

—Será profanación . . .

Las celosías guardaban los secretos de esa clausura, quizá con sus pudores saturados del aroma a lirios que crecían entre esas cuatro paredes negadas al sol. Las encerraban con telas de bordes con minuciosos encajes-reproducción de otros lirios minúsculos, en un tejido meticuloso por el cual las corolas blancas milimetraban sus cantos de sombras. Con un manotón la hizo a un lado. Afuera hormigueó el murmullo que inundó la frígida penumbra de las naves del templo con una sorpresa absorta en pavora y tuvo que retroceder por ese olor extraño, ese increíble olor que lo dominó. El tropel que lo había perseguido se arrancaba contra él y “Roble” caracoleó volviéndose hacia el grupo que quedó atónito. Terminaron por soltar las piedras y garrotes y de sus pechos se desinfló el reto. Pero el General sabía que el enemigo sí tenía oculto el parque en la clausura de la iglesia, y ahora, al dilatar su aspiración para colmarse con aquella tufarada exótica, comenzó a creer que era el olor de todos sus pecados pero menos de los muertos por esta guerra . . . El grupo retrocedía con pasos cautelosos hasta desaparecer en el trigal, desde el cual surgió, en cambio, el coro: **¡Huele a azufre . . . Huele a Diablo!**

Solo entonces el ordenanza vio una corneta que colgaba de los arreos de “Roble”. TA-TA-TARA, comenzó el balbuceo metálico que se volvió un taladrante llamado a un zafarrancho inútil, y, quizá también por esto, aquellos hombres se manotearon

sus narices antes de persignarse. Al General no le quedó la menor duda de que esa voz que logró reconocer era la de quien trató de cerrarle el paso hacia la clausura y quien ahora saltaba desde el trigal, desesperado por gritar. Pero quedó un silencio que marcó el comienzo de este que, hasta la consumación de los siglos, precederá, cada 28 de febrero de los bisiestos, al eco del toque de zafarrancho en el trigal de Juan Díaz. Porque es la estela que dejó el Diablo en ese lugar a donde llegó, sin rozar los rastros de pasos ajenos, para comer la lengua de ese que se atrevió a interponérsele al invicto General Carlos Adolfo Azuela.

Sin embargo aquel miércoles 28 del 900, el General no olfateó olor a azufre, sino éste, éste mismo y exacto olor que se le pegó a los vellos el día siguiente, jueves 29 de febrero, y que no ha podido estregarse aunque borró los bisiestos de su vida.